drato permanecía la mayor parte del día en la iglesia, en la cual se efectuó el 22 de noviembre de 1599 el acto solemne de la nueva sepultura. Para evitar desgracias en tan enorme afluencia del pueblo, se prohibió en esta mañana la circulación de carruajes por el Trastévere. A la hora fijada compareció el Papa, acompañado de todos los dignatarios de su corte y del senado romano. También acudieron todos los cardenales, en número de cuarenta y dos, así como los representantes diplomáticos de Francia, Venecia y Saboya. El Papa se dirigió ante todo a la capilla donde estaba expuesta la caja de ciprés, y bendijo allí la artística urna de plata, adornada con una breve inscripción y su escudo, que había hecho labrar para ella. La caja fué luego trasladada al altar mayor, donde Clemente VIII celebró una misa solemne. Después de la comunión efectuóse la nueva sepultura. Los cardenales diáconos Farnesio, Aldobrandini y Cesi, ayudados por el Papa mismo, llevaron la caja desde el altar a la pequeña Confesión subterránea (1). Allí fué puesta dentro de la urna de plata y ésta bajada a un nuevo y mayor sarcófago de mármol (2), que el Papa mismo cerró. Después de una breve oración Clemente VIII volvió al altar, donde se continuó la misa. Hasta el anochecer acudieron presurosos los romanos para orar junto al nuevo sepulcro, a cuyo embellecimiento atendió el cardenal Sfondrato, lleno de amor por el arte, así como a la ulterior ornamentación de la iglesia.

Después de la restauración del techo quería Sfondrato hacer labrar un artesonado de madera dorada; pero desistió de ello porque los arquitectos declararon que la nave central, extraordinariamente ancha pero baja, recibiría con esto un aspecto demasiado cargado. Por eso se contentaron con pintar el antiguo techo. Las ventanas tapiadas de la nave central fueron de nuevo abiertas y restaurados los frescos que allí se hallaban, pero con diligente cuidado de conservar el carácter antiguo y venerable. En cambio se quitaron los dos antiguos ambones y las naves laterales se decoraron con pinturas y nuevos altares de mármol, que recibieron cuadros de altar de artistas romanos y extranjeros (3).

(1) V. Bosio, loco cit., 164 ss. Cf. el *Avviso de 27 de noviembre de 1599, Urb., 1067, *Bibl. Vaticana*, y *Diarium P. Alaleonis, Barb., 2816, ibid.

(2) Cf. Cabrol, Dict. d'archéol., II, 2, 2272.

(3) V. Bosio, loco cit., 171 ss. Cf. también Baglione, 60, 93, 111, 168 y L'Arte, X (1907), 305.

Un maestro de los Países Bajos, Pablo Bril, adornó el tránsito que conduce a la segunda capilla de la derecha con representaciones de los Santos Francisco, Silvia, María Magdalena, María Egipcíaca, Pablo el Ermitaño, Jerónimo, Antonio, Onofre, Espiridión, Eulogio e Hilario. Porque éstos habían vivido en desiertos cubiertos de rocas y peñas, pudo Bril ofrecer paisajes de romántica selvatiquez, los cuales manifiestan una grande inteligencia de la naturaleza y un cambio de estilo del pintor (1). Se eligió la rica decoración del corredor, porque éste conduce a uno de los más notables santuarios de Roma. Allí se hallan los restos, ya por Pascual I cuidadosamente conservados, de un aposento de baño de la antigua Roma, en el cual, como se conjeturaba, Santa Cecilia había salido ilesa de su primer martirio (asfixia con vapores calientes). El cardenal Sfondrato hizo conservar cuidadosamente todos los restos relativos a este hecho: las canales de las cuales salía el vapor y los tubos de plomo para el desagüe, y restaurar la antigua capilla (2), para la cual Guido Reni, venido a Roma en 1602, pintó como cuadro de altar el martirio de la santa (3).

El tabernáculo gótico de mármol sobre el altar mayor de Santa Cecilia, obra de Arnolfo di Cambio, quedó conservado, así como el candelero medioeval para el cirio pascual. Ambos fueron cuidadosamente restaurados. La Confesión, que está delante del altar mayor, hízola adornar el cardenal de la manera más suntuosa con mármol de colores, ónice, lapislázuli y trabajos de bronce dorado. El altar mismo fué decorado ricamente por Esteban Maderno con candelabros, vasos, lámparas, seis estatuas de santos y dos ángeles de bronce (4). Los ángeles sostienen una corona sobre la blanca estatua de mármol de Santa Cecilia, que descansa en un nicho de mármol negro inmediatamente delante del altar mayor como en un sarcófago abierto. Maderno creó con esto una nueva forma de altar, más tarde frecuentemente imitada (5). Su estatua de la santa

(1) V. Mayer, M. y P. Bril, 29 s. y láminas 17-22. Cf. Gerstenberg, La pintura de paisajes ideales en Italia, Halle, 1923, 73.

(2) V. Bosio, loco cit., 176 ss.

(3) V. Passeri, 62. Cf. Eisler en el Burlington Magazine, 1905, 318 y además Tietze en el Anuario de la colección de arte de la casa imperial de Austria, XXVI, 139.

(4) A. Muñoz, St. Maderno, en los Atti e Mem. d. R. Accad. di S. Luca, Annuario 1913-14 (Roma, 1915), 6 ss.

(5) Así también C. Menghini para Santa Martina en los SS. Lucas y Martina, Antonio Giorgetti en San Sebastián, Hércules Ferrata en Santa Anastasia

esculpida en el mármol más fino y casi transparente pertenece al número de las más célebres y más conocidas del arte italiano. El maestro tenía presente la leyenda que refiere que la santa murió en su aposento de baño sólo al tercer día después del golpe mortal de la segur. Por eso Maderno no la representó como a una muerta ordinaria yacente sobre la espalda, sino sobre el lado derecho, con las rodillas encogidas, las manos medio cruzadas, la cabeza cubierta con un velo, el rostro vuelto hacia el suelo y mostrando en el cuello las heridas del hacha del verdugo. Con noble sencillez yace Cecilia, imagen de la más pura virginidad, como una flor tronchada (1). Aunque en las catacumbas el espíritu de los primeros siglos cristianos habla aún más directamente al corazón del visitante, en ninguna parte ha hallado más hermosamente que aquí su glorificación artística (2).

El cardenal Sfondrato, que a fines de 1600 había ya invertido más de 25 000 escudos en la restauración y embellecimiento de la iglesia de Santa Cecilia (3), visitábala casi diariamente y la eligió

y Juan Bautista Marini para Santa Ana en San Andrés della Fratte; cf. Muñoz, loco cit., 9.

(1) La opinión común de que Maderno representó su estatua tal como se a vió en la apertura de la caja de ciprés, es insostenible. Ya Quentin hizo observar al tratar de las relaciones del hallazgo: On voit par ces textes combien il serait exagéré de regarder, par exemple, la statue de Maderno comme un document; elle n'est qu'une artistique restitution. Le cardinal Sfondrati n'a évidemment permis à qui que ce fût d'ouvrir en son absence la châsse provisoire, où il avait enfermé et scellé le coffre de cyprès contenant le corps de sainte Cécile, et, lui présent, personne ne s'est permis de soulever les voiles qui recouvraient et peut-etre même enveloppaient ce corps. Personne n'a pu se rendre compte de son état de conservation sauf dans les grandes lignes, et l'on ignore si les ossements seuls se sont conservés ou si les chairs desséchées y sont restées adhérentes (Cabrol, Dict. d'archéol., II, 2, 2736). Con razón se adhiere a estas explicaciones L. de Lacger (loco cit., 221 ss.). El parecer de que en 1599 se había visto el cadáver de Santa Cecilia «enteramente conservado» con tres heridas en el cuello, se indica como del todo seguro en la relación de viaje del abad Marchstaller de 1625, impresa en la Carinthia, LXXI (1881), 307.

(2) Cf. Molitor-Wittmer, 155. V. también Cantalamessa en el Arch. stor. dell'arte, V, 200 s. Observaciones contra el artículo de Reymond en la Gaz. des beaux-arts, 1892. Todo el valor de la obra de Maderno resulta del cotejo con la pintura en que Fr. Banni representó en la Confesión inferior el hallazgo de la santa; v. Voss, II, 514 (con grabado). Brinckmann, Escultura del barroco, II, 222.

(3) Un *Avviso de 25 de noviembre de 1600 notifica: El miércoles celebró el Papa en Santa Cecilia y elogió mucho a Sfondrato por haber invertido más de 25 000 escudos en la restauración y embellecimiento de la iglesia, havendo anch'animo di volergliene spendere dell'altri per maggiore decoro. Urb., 1068, *Bibl. Vaticana.*

para su sepultura (1). También a Clemente VIII le era caro de un modo especial precisamente este templo. En los últimos años de su vida ofrecía regularmente en el día de Santa Cecilia el santo sacrificio de la misa sobre la sepultura de la mártir (2). Se comprende esta predilección, pues entre los sepulcros tan numerosos de santos que Roma encierra, apenas hay uno tan agradable y conmovedor como el de la noble romana del linaje de los Cecilios.

No es ninguna casualidad el que en el mismo tiempo en que un Baronio renovaba el estudio de la antigüedad cristiana, en que Bosio, Felipe de Winghe y Ciaconio exploraban la ciudad subterránea de los sepulcros, de la que salió el Imperio universal de la Iglesia (3), un cardenal magnánimo y un Papa piadoso con la renovación del culto de una de las más nobles mártires pusiesen ante los ojos de los fieles de la época de la restauración católica un modelo de perfección de los tiempos heroicos del cristianismo, y con esto mostrasen el camino por el cual la Iglesia, purificada en el fuego de la tribulación, ha alcanzado siempre sus más hermosos triunfos.

(1) V. Bosio, loco cit., 182.

(2) V. los *Avvisi de 22 de noviembre de 1603 y 24 de noviembre de 1604, Urb., 1071 y 1072, *Bibl. Vaticana.*

(3) Cf. Cabrol, Dict., d'archéol., II, 1, 1085 ss.; III, 2801 s.